

EN UN PASILLO, UN COLEGA SE QUEJABA DE porqué debemos tener nuevas y buenas ideas cada cierto tiempo, y además hemos de convencer a comités para obtener fondos destinados a investigar esas ideas. Él pensaba que nos deberían garantizar recursos generosos para nuestra investigación sin importar si tenemos en ese momento buenas ideas o no. Mi respuesta fue que una de las características de los científicos es ser creativo y que esas evaluaciones pretenden impulsar la creatividad, aunque no siempre nos complazcan los resultados de las mismas o su resultado sea contraproducente al fomentar elementos de moda. ¿Cómo hace uno para mejorar este aspecto personal? No creo que haya una respuesta pero muchos han reflexionado sobre ello. Quiero compartir algunos pensamientos con el fin de ayudarnos a encontrar formas para potenciar nuestra capacidad creativa.

Hace algunos años, para mis cursos sobre comunicación científica estuve utilizando una serie de ensayos que preparaba Eugene Garfield para las series del *Current Contents*. Una de ellas trataba sobre la creatividad y cómo podría impulsarse. La discusión consideraba aspectos personales o del entorno y, si mal no recuerdo, un astrofísico famoso recomendaba mantenerse en la misma disciplina académica, estudiar una idea durante 10 años y entonces moverse a una nueva subdisciplina. Eso implicaba analizar el terreno antes de arriesgarse, aunque la ventaja (atractiva) es que la historia de la ciencia muestra que muchos de los saltos conceptuales han sido producidos por colegas que no se habían enquistado en una misma forma de pensar, enseñar o investigar. Al margen de la bondad de la recomendación, no podía caber en terreno bien abonado porque los participantes del curso eran estudiantes de licenciatura; muchos ni pensaban aventurarse en la investigación.

Otro momento en que pude invitar a la reflexión fue cuando acababa de llegar a Chetumal. No por calidad académica sino por brincos, zancadillas e intrigas, llegué a ser jefe de departamento. Desde ahí traté de impulsar que hiciéramos investigación no sólo en la frontera de la novedad científica, sino en la frontera con otras disciplinas; así podríamos optimizar los limitados recursos humanos y de equipo que teníamos y atenuar la percepción que los grupos de poder locales tenían sobre los científicos y sobre nuestras investigaciones. Creí

SIN GANAS



poner el ejemplo al abandonar mis placeres como aficionado a la taxonomía y orientarme al manejo de recursos costeros; el respaldo no fue generalizado. En realidad, el asunto implicaba más tareas y éramos los mismos con las mismas presiones externas. ¿Pequé de optimista? ¡Sí! Creo que funcionó la recomendación aunque quizá no es la mejor opción para desarrollar nuestra creatividad.

En Newcastle, Inglaterra, conocí al doctor Peter Olive. Había estudiado durante 15 años la reproducción de anélidos poliquetos de esa región; analizó la sincronización con la luna y los cambios hormonales. Para facilitar su trabajo tuvo que establecer cultivos de laboratorio para contar con ejemplares suficientes; así, de manera indirecta determinó las dietas óptimas para los gusanitos. Sin duda, hubiera podido mantenerse en esas actividades hasta su retiro pero un día llegó un estudiante de doctorado con una idea peculiar; quería probar si podría masificarse la producción de gusanos y usarlos en pesca deportiva. Luego de discusiones acaloradas, convenció a su mentor e hizo su investigación doctoral sobre el problema. La conjunción de talentos resultó en Aquabait Inc., una compañía con filiales en Europa, Asia y Australia, cuya producción atiende demandas de pescadores y para alimentación de reproductores en granjas camaronícolas. En este caso, el impulso para pensar diferente provino desde fuera del investigador.

La realización de consultorías o estudios de impacto es otra muestra de que podemos adentrarnos en cuestiones en el límite de nuestro quehacer. En estos casos nos enfocamos a sitios, asuntos y problemáticas que atendemos raramente y por lo general lo hacemos bien. La diferencia, diría Gregory Hamman, es que si hay recursos, los investigadores pueden atender problemas marginales a sus disciplinas y si no, no se hará. Sigue pareciéndome un enfoque cínico; aceptarlo implica que nos arriesgamos a pensar diferente sólo si hay dinero de por medio, mas puede ser real. Como sea, necesitamos potenciar nuestra creatividad y existen mecanismos internos o externos que lo facilitan, pero no parece sencillo encontrar el nuestro. ¿O sí?

* Sergio I. Salazar-Vallejo es investigador de Ecosur unidad Chetumal.

La creatividad

Sergio I. Salazar-Vallejo*

SIN GANAS